

obediencia que prestan los Santos á Dios es el modelo de de la sumisión que debemos á nuestros superiores. »

« Cuando Jesucristo dijo al Príncipe de los Apóstoles : *Pedro, ¿ me amas ? : pues apacienta mis ovejas*, dió el mismo poder á todos los pastores y directores. Luego de la misma manera con que las ovejas obedecen al pastor, y caminan por el sendero que les señala, deben obedecer á su superior [los que hacen profesión de caridad, sin indagar los motivos de sus preceptos. »

« Así como un obrero se vale de los instrumentos de su arte, y todos estos siguen los movimientos que les trazan las manos del artista, de la misma manera es necesario que el solitario obedezca á su superior en todas las cosas que le ordene. Nunca ha de resistir á sus mandatos ; sino estar persuadido que es muy difícil conocernos y dirigirnos á nosotros mismos, porque el amor propio nos impide discernir la verdad. Por el contrario, es muy fácil hacernos conocer y dirigir por los superiores, porque entónces el amor propio no oscurece el amor de la verdad, y no turba nuestro juicio. Miétras esta unión de espíritu y de corazón subsista en una comunidad religiosa, se conservará en ella la paz, y todos sus miembros contribuirán á su salud. » Ya hemos visto lo que dice, tanto en las grandes como en las pequeñas reglas, contra los que murmuran de las órdenes de los superiores.

SOLITARIOS DE LA DIOCESIS DE NACIANZO

Sabemos por san Gregorio Nacienceno las virtudes que distinguían á los solitarios de esta diócesis, y lo que,

apoyándonos en su relato, vamos á exponer es tan cierto, cuanto que habla como testigo ocular. Hemos visto al trazar su vida, que, cuando su padre, que era obispo de Nacianzo, tuvo la desgracia de suscribir la fórmula de Rímini, los solitarios se separaron de su comunión, lo cual demostraba el celo ardiente que les animaba por la fé católica. Pero como este celo era puro, y por lo tanto, acompañado de caridad y de respeto hacia con su prelado, fueron los últimos en separarse de él, y los primeros en manifestar su adhesión.

Declara san Gregorio la alta estima en que tenía su profesión y su santidad, en un poema que, en 372, dedicó á su amigo Heleno, intendente de los subsidios, pidiéndole la exención de los religiosos : « Pues no toman, le decía, parte alguna en las cosas de la tierra, no se ocupan noche y día en otra cosa que en cantar las alabanzas divinas. No poseen bienes algunos en la tierra, pues la esperanza de poseer los del cielo constituye todas sus riquezas. Han renunciado al matrimonio, y por consiguiente, al deseo de tener hijos que sean su apoyo y consuelo en la ancianidad. Están enteramente desprendidos de la carne y de la sangre; no buscan los cargos públicos, ni los honores ni la ostentación ; no hacen caso de las grandezas humanas, que consideran como un sueño, ó cual sombra que se desvanece. Solo Dios es el objeto de sus deseos ; llevan una vida oculta y enteramente celestial ; sumidos constantemente en la oscuridad y en el polvo, no aspiran más que á la felicidad eterna y á contemplar con los espíritus bienaventurados á la Trinidad adorable. »

Pasa en seguida el Santo á sus diferentes prácticas de penitencia y dice : « Muchos de ellos viven en cavernas, evitando el trato con los hombres, y buscando la tranquilidad que es amiga de la sabiduría. Otros se encierran en estrechas celdillas, en que jamás ven á persona alguna :

otros se cargan de cadenas para mortificar sus cuerpos y domar sus pasiones. A otros se ven pasar veinte días sin tomar alimento, no comiendo, cuando lo hacen, más que peces. Hay quienes se condenan al más riguroso silencio, quienes pasan la vida orando constantemente en la iglesia, lo que parece increíble, algunos en la presencia de Jesucristo se asemejan á piedras vivas, que nunca cierran el ojo para dormir. Uno de estos solitarios no comía más que lo que le traía un cuervo.

Demostrando en otro pasaje cuán superiores son las virtudes de los cristianos á las de los filósofos, traza la vida mortificada y penitente de estos solitarios : « Se les vé, dice, ocupados en purificar sus almas para que sean templo agradable á Dios : pasan las noches enteras en las vigilias y en los cánticos sagrados, se elevan en espíritu hacia el Espíritu supremo, y no se sirven de las cosas sensibles más que para conocer las invisibles y espirituales. Hay algunos que, á fuerza de estar cargados de cadenas, han sabido domar los movimientos rebeldes de la concupiscencia, otros para reparar las faltas que cometieran por medio de sus sentidos, se han condenado á prisiones estrechas é impenetrables á los rayos del sol, encerrándose y como sepultándose en las cavernas y en los agujeros de las rocas. Otros, para evitar las ocasiones de pecado, se confinan con las bestias á los bosques, eu donde se constituyen en hombres especiales, que no conocen otra cosa de este mundo, que lo que ven á su alrededor. Algunos, para atraerse las misericordias del Señor, se cubren de saco y de ceniza, derraman abundantes lágrimas, duermen sobre la desnuda tierra, ó están de pié durante días, meses y aún años enteros, haciéndoles inmóviles la fé y el temor de Dios, y estando su espíritu como separado del cuerpo. Esto parecerá increíble ; pero yo y otros muchos han sido

testigos de estos prodigios. Pero ¿ qué digo ? hay algunos á quienes el celo ha llevado á una vida tan extraordinaria, que comían ceniza amasada con sus lágrimas, y que, contra las leyes de la naturaleza, han vivido sin pan y sin agua. »

Dice, por último, que no era posible hacer la enumeración de estos grandes hombres, cada uno de los cuales se distinguía por una virtud especial ; que este ejército de santos estaba dirigido por el mismo Dios, y unido á Jesucristo por la caridad del Espíritu Santo ; que no concedían casi nada á su carne ; que estaban enteramente consagrados á calmar las agitaciones de su alma, á pesar sus palabras, á regular su silencio, á moderar sus goces, á contener sus ojos, y á reprimir la curiosidad ; que andaban con los pies desnudos, vestidos con un sencillo hábito, pálidos, macilentos, lángidos y como muertos sobre la tierra, al mismo tiempo que su espíritu se elevaba al cielo.

Habla también el Santo de algunos de estos solitarios en particular, á saber : Cledono, Eulalio, Cartero, Nicomédes, Theogno, Evandrio, Astero, Filadelfo, Regino, Leoncio y Heliodoro.

Cledono había figurado mucho en la corte del emperador ; pero queriendo renunciar al mundo, distribuyó todos sus bienes entre los pobres, y se consagró á Jesucristo en la vida monástica. San Gregorio le llama el primero, lo que hace presumir que ocupaba por su piedad un rango muy eminente entre los solitarios. Es de creer que Cledono no murió en el desierto, sino que entró en el clero, y fué ordenado sacerdote, porque se opina generalmente que es uno de los que firman el testamento de san Gregorio Nacianceno, y que tenía el título de sacerdote de Icona. Tal vez Anfíloco, hecho obispo de esta ciudad en 374, le llevó consigo desde Capadocia, y lo devolvió despues á san Gregorio, en atención á serle necesario en la iglesia de Nacianzo,

miéntras restablecía su quebrantada salud en su retiro de Arianzo.

El solitario Cledono no brilló ménos en el clero que en el desierto : gobernó la Iglesia de Nacianzo en ausencia de san Gregorio, quién lo propone como un sacerdote insigne por su piedad y por su fé, á quién había autorizado para enseñar en esta iglesia, para extirpar los males que la afligian, y para instruir á los que deseaban abrazar la verdadera fé. Dice también el Santo que se valia de este excelente cooperador para guiar su rebaño, é impedir que en su ausencia fuese devorado por los lobos, y asegura, por último, que brillaba entre los fieles como un diamante entre las demás piedras preciosas. Desde su retiro de Arianzo le dirigió dos célebres cartas, ó dos discursos contra la heregía de Apolinar, que enseñaba que Jesucristo no tenía más alma que su divinidad.

Eulalio era cocinero de san Gregorio, y tenía un hermano llamado Heladio, con el cual abrazó la vida solitaria. Su madre estaba dotada de una virtud tan excelente, que no puede expresarse en pocas palabras, bastando con decir que era una madre digna de tales hijos.

Eulalio vivía en Lamis con otros muchos religiosos, cuando en la cuaresma de 382 fué á visitarle san Gregorio. Este santo obispo no permitió que se interrumpiese el riguroso silencio que en este santo tiempo se observaba en aquella morada. El ayuno que practicaban era tan austero, que este Santo lo calificaba de excesivo. Eulalio pasó del rango de los solitarios al de los sacerdotes, y san Gregorio le hizo corepíscopo, y le envió á Teodoro de Tyanes para que le informase de los errores de los apolinaristas. Le escogió, por último, para que le sucediese en el gobierno de la iglesia de Nacianzo, de la que fué hecho obispo por los de la provincia de la segunda Capadocia. No debe confundirse á Heladio, hermano de Eulalio, con el

que sucedió á san Basilio en la cátedra de Cesarea, pues murió ántes que este Santo.

Representa san Gregorio á Cartero como un solitario de los más recogidos, y que, por la elevación de su espíritu, parecía hallarse desprendido de la carne : así es que su gloria era muy grande en lo cielo, porque no tenía el más pequeño afecto á las cosas de la tierra. Es de presumir que éste es el mismo que, según Sócrates y Sozomeno, fué más tarde superior de los monasterios de Antioquía y padre espiritual de san Juan Crisóstomo.

Nicomédes era casado ántes de retirarse del mundo. Tuvo un hijo y una hija, á los cuales procuró formar en la vida espiritual, dándoles excelentes lecciones, siendo la más eficaz su ejemplo. El hijo se retiró á un monasterio, y la hija á una comunidad de vírgenes, por lo cual le compara san Gregorio con el patriarca Abraham. Se distinguió principalmente por su absoluto desprendimiento, y el santo obispo le llama la gloria de su rebaño, es decir, de su monasterio y de su diócesis.

Teogno entró muy tarde en el camino de la perfeccion ; pero marchó con tanto ardor, que muy pronto fué de los más perfectos. Manifestaba la tranquilidad de su alma en la afabilidad de su rostro y dulzura de sus palabras, y su corazón estaba penetrado del santo temor de Dios.

A otros muchos elogia san Gregorio, pero más brevemente dice de Evandrio que era muy rico en divinos dones, y que su alma era más blanca que sus cabellos ; que Astero y sus dos hermanos vivían en una comunidad muy perfecta y edificante : que Filadelfo, que había sido personaje de gran posición, le era muy querido, y que Regino, Leoncio y Heliodoro habían llegado á la cumbre de la sabiduría evangélica. Se cree que este Leoncio es el que más tarde fué obispo de Ancira en Galacia, pasando de la vida religiosa al episcopado.

Habla, por último, el santo Doctor de las vírgenes de Nacianzo, algunas de las cuales vivían en comunidad, y otras en sus casas, asegurando que no cedían á los solitarios en ánimo y fervor, en las prácticas de la virtud y los ejercicios de la mortificación religiosa, pues en nada estimaban su belleza, ni los vanos adornos con que pretenden realzarla las mujeres del mundo, ni trataban sus cuerpos con delicadeza, sino llevando siempre el silicio, acostándose sobre la desnuda tierra, pasando las noches en oración, en gemidos y lágrimas de santa compunción, é igualando en virtud á las que constituían la gloria de la Armenia, en donde había un gran número que vivían con la mayor perfección.

SAN ANFILOCO, OBISPO DE ICONA, SAN ASCOLO, OBISPO DE TESALONICA Y LOS BIENAVENTURADOS LEUCADO Y EL PRESBITERO SACERDOS, AMIGOS DE SAN BASILIO Y DE SAN GREGORIO NACIANCENO.

Teodoreto hace grandes elogios de san Anfíloco, el cual merece los de toda la Iglesia por los grandes servicios que le prestó: pues, como dice este historiador, y como aparece de la estrecha amistad que le unió con san Basilio y san Gregorio Nacianceno, fué uno de los más ilustres prelados de su siglo, y uno de los más generosos defensores de la fé contra los ataques de la herejía.

Era natural de Capadocia, en donde se dedicó durante algún tiempo á la profesión de la oratoria. Frecuentó también el foro, y ejerció las funciones de abogado y de

juez. Aunque era entónces muy jóven, adquirió una gran reputación de sabiduría y de probidad; pues no tenía prevenciones contra ninguna persona, y no se supo que hubiese cometido una sola injusticia, ni que se hubiese dejado llevar del vil interés. Sin embargo, fué inquietado por la defensa que en una ocasión hizo de un criminal á quien consideraba inocente, siendo necesario que san Gregorio ejerciese su poderosa influencia para que no le molestasen.

No sabemos si Dios se valió de esta contrariedad para que el mundo le disgustase, ó si á ello le determinó san Gregorio Nacianceno, lo cierto es que este santo Doctor le llama su gloria, como una conquista que hizo para Dios.

Se retiró á la Capadocia, y vivió en una comarca llamada Ozizola, en donde cuidaba de su padre, que era de edad muy avanzada. Este cantón tenía muy ricas praderas, jardines y huertos, pero carecía de trigo, lo cual era para él un motivo de solicitud y mortificación. Le tenía en tanta estima san Gregorio, que le consideraba como su apoyo, su fiel consejero y su compañero en la piedad. Pero tenemos la pena de no saber nada más de su vida como religioso, pues el resto de ella se refiere á su episcopado.

Aunque estaba muy unido, y este Santo le llamaba su amado hijo, se alejó de él tan luego como fué elevado á la cátedra de Cesarea, por temor de ser llamado al ministerio de la iglesia. Pero Dios, que en todo tiempo sabe escoger, como dice este santo Doctor, los vasos de elección que le son agradables, le prendió en los lazos de su gracia, y le llevó á la Pisidia, en donde la admiración que produjeron sus virtudes le elevó al gobierno de la diócesis de Icona y de toda la Licaonia¹. Esto acaeció hacia el año 374. Se lamentaba á san Basilio del peso de su dignidad, como una carga superior á sus fuerzas; pero san

¹ Antigua región del Asia Menor en las montañas del Tauro.